

El enemigo envió solo unos pocos escuadrones, conducidos por el general Laudon en persecucion de los prusianos, contentándose con haberse quedado dueño del campo de batalla.

La retirada de los prusianos no se hizo con mucho orden; ningun batallon iba reunido; infantería, caballería y artillería marcharon mezclados y confusos durante la noche hasta llegar á Oetscher. Allí se reunieron en el llano junto á los puentes de barcas, que el rey mandó cerrar para que nadie pasara. «Jamás he visto el ejército prusiano en un estado semejante, dice Tempelhoff. Sin embargo, el enemigo no aprovechó su ventaja y mostró mucha flojedad en la persecucion.» Háse censurado á Federico el Grande el haber perdido en esta jornada una victoria ganada ya, por no saber contentarse en tiempo oportuno con la ventaja que había obtenido; pero de la descripción del testigo ocular Tempelhoff resulta con la mayor evidencia que ni un minuto fué el rey dueño de la hondonada, condicion sin embargo indispensable para sostenerse en la altura del Mühlberg y conquistar el monte Spitzberg. Por consiguiente no dependió de su voluntad el contentarse con la ventaja obtenida y hacer cesar la batalla. Sus ocho batallones de granaderos habían tomado por asalto el Mühlberg, pero les era imposible sostenerse allí mientras los rusos los ametrallaran con su gran batería del Spitzberg y mientras llenaran con sus masas la hondonada. Hasta el último momento se había sostenido Federico en el Mühlberg en medio de la lucha mas ardiente pensando solo en vencer, y ni un momento en su propia vida; dos caballos que montaba le fueron muertos; su uniforme estaba agujereado por las balas, y una de estas, que infaliblemente le habria destrozado una pierna, rebotó de un estuche de oro que llevaba en el bolsillo. Cuando tuvo la certidumbre de que todo estaba perdido quedó como atolondrado; y sin voluntad propia dejóse arrastrar por los húsares de Prittwitz, que le protegieron de los cosacos desplegados en guerrilla y le llevaron á la caseta del barquero de Oetscher, donde pasó la noche mas horrible de toda su vida. Allí escribió al conde de Finckenstein, su ministro, notificándole su primera derrota verdadera y diciéndole entre otras cosas: «De 48,000 hombres, no me quedan en este momento ni 3,000. Todo el mundo huye; mis tropas ya no me obedecen...; las consecuencias de la batalla serán peores que la batalla misma; ya he concluido con mis recursos, y para no mentir, lo creo todo perdido. No quiero presenciar la ruina de mi patria. A Dios para siempre.» Esta carta lleva la fecha de 12 de agosto de 1759.

Dos veces en esta guerra había salido vencido el rey Federico, pero tanto en Hochkirch como en Kolin había abandonado su ejército el campo de batalla con gallardía y buen orden. Si la disciplina prusiana no había sido bastante para dar la victoria en lucha desigual, lo había sido para prevenir una derrota y una fuga desordenadas. Por primera vez no sucedía así en aquellos momentos. Un ejército entero, heróico en el ataque como en la resistencia, quedó de repente transformado en lo contrario; sordo á la disciplina y á las órdenes de su rey; huyendo desatentado y sin reflexion, perseguido por un enemigo cuyos sables hacian destrozos entre los fugitivos como la hoz del segador en un campo de trigo. Este era un espectáculo demasiado fuerte para Federico el Grande. En medio de los horrores que había presenciado y los que temió para aquella noche, escribió á su ministro aquella carta de la cual hemos extractado el pasaje que indica su intencion de suicidarse; pero su desesperacion no llegó á este extremo, terrible para él y para su ejército. La persecucion del enemigo se paralizó pronto y cesó con la entrada de la noche. Junto á los puentes de barcas se realizó

sin peligro la reunion de millares de dispersos con una rapidez extraordinaria durante la misma noche y la mañana del día 13. Esto no tranquilizó al rey, el cual temia que el enemigo hubiera abandonado la persecucion solo para marchar mas de prisa sobre Berlin, y lo creia todo perdido si se verificaba tal movimiento. En esta creencia continuó en la resolucion desesperada que había tomado segun dejan adivinar su carta y las disposiciones que tomó respecto de su país que debía quedar tan pronto huérfano de rey.

Inmediatamente tras de aquella carta dirigida á su ministro, había escrito otra á su hermano el príncipe Enrique encargándole en caso de muerte el mando superior en calidad de generalísimo y la tutoria de su sobrino sucesor del trono. Esta última carta, si fué despachada, no llegó á su destino. La misma noche despachó una orden al teniente general Finck diciéndole: «Habiendo caido gravemente enfermo, entrego el mando de mi ejército durante mi enfermedad hasta mi restablecimiento al general Finck, el cual en caso necesario dispondrá tambien de la division del general Kleist segun exigieren las circunstancias, y de los almacenes que hay en Stettin, Berlin, Custrin y Magdeburgo.» A esta autorizacion siguió por via de apéndice la instruccion siguiente: «La comision que doy al general Finck es una carga muy pesada; el ejército infortunado que le entrego ya no se halla en estado de derrotar á los rusos. Hadik correrá á Berlin y quizá tambien Laudon; si el general Finck sigue á los dos, le seguirán los rusos á su espalda; y si se detiene junto al Oder, encontrará á Hadik por este lado; pero yo creo que si á Laudon le ocurriera ir á Berlin podria Finck atacarle y derrotarle por el camino, que si así lo hace, por lo menos detendrá la catástrofe y dará tiempo: porque ganar tiempo en circunstancias tan desesperadas es mucho ya; mi secretario Coeper le dará noticias de Torgau y de Dresde. Es necesario que dé parte de todo á mi hermano, á quien he declarado generalísimo del ejército. Imposible es remediar esta desgracia completamente; pero es preciso ejecutar lo que mi hermano mandare. El ejército debe jurar fidelidad á mi sobrino. Este es el único consejo que en las actuales desdichadas circunstancias soy capaz de dar. Si me quedaran recursos, tambien me quedaria yo.»

Por la mañana del día 13 de agosto reunieron unos 12,000 prusianos junto á los puentes y hácia el mediodía estaban formados otra vez los regimientos, y el ejército sobre las armas en orden de batalla. Del enemigo solo se veía una banda de cosacos que reconocia las posiciones de los prusianos. A las cuatro de la tarde pasó el ejército de Federico el rio quitando tras sí los puentes. Cerca de la aldea de Reitwein construyó Federico un campamento y allí sacudió todos los pensamientos de suicidio, recobrando su anterior dominio sobre sí mismo. En 14 de agosto retiró la orden que había dado al general Finck, «porque ya estaba enteramente restablecido», y el 16 escribió desde Lebus á su hermano el príncipe Enrique: «Hago lo posible para sostener la nave vacilante del Estado. Cuando dí parte de nuestra desgracia, todo parecia perdido; pero estad persuadido de que estoy alerta y sostendré la monarquía como es mi deber. Un estuche que llevo en el bolsillo me ha protegido la pierna contra un casco de metralla. Todos estamos agujereados; casi no hay nadie que no tenga atravesada la ropa ó el sombrero de dos ó tres balazos. ¡Con qué alegría sacrificaríamos toda nuestra ropa si el mal se limitara á esto! El enemigo se ha alejado un tanto de Francfort y acampa en los montes entre el Oder y la carretera de Reppen. Imaginaos lo que debe sufrir mi corazón con todo esto en tan cruelísima crisis y comprendereis que los tormentos de los condenados no llegan ni con mucho al que yo padezco. Felices los muertos,

porque no conocen ya ni penas ni cuidados.» En el momento en que Federico el Grande recobró el dominio sobre sí mismo quedaron tambien limitadas las consecuencias del 12 de agosto; porque mientras este rey viviera y maneja el timon del Estado no estaba perdida la Prusia aunque viniera otra jornada como la de Kunersdorf. De esta verdad estaban tan penetrados los rusos, que á la mañana siguiente de su mas gran victoria no sentian sino la alegría de haberse librado de un peligro mortal. El general Soltikoff dijo despues de la batalla: «Otra victoria como esta y tendré que llevar la noticia á San Petersburg solo baston en mano.» En la relacion que envió á la emperatriz calculó sus bajas en 16,000 hombres, añadiendo: «Esto no sorprenderá á V. M., porque sabe que el rey de Prusia suele vender sus derrotas muy caras.»

Laudon pasó el 15 de agosto el Oder y tomó posiciones cerca de Tschechenow, logrando además arrastrar tras sí á los rusos á la orilla izquierda. Estos pasaron el rio el 16 y acamparon cerca de Lossow mas arriba de Francfort y de allí no pasaron. El rey Federico marchó el mismo día á Madliz y el 19 tomó posiciones con mas de 30,000 hombres junto al rio Spree cerca de Furstenwalde. El enemigo para pasar á Berlin tenia que aniquilar primero á Federico con todo su ejército. Mas en el cuartel general ruso se había decidido definitivamente no emprender ya nada arriesgado para no comprometer el resto del único ejército de la emperatriz, que debía contar entonces como unos 35,000 hombres, y Soltikoff tuvo mucha razon cuando contestó á las instancias de los austriacos: «He hecho bastante por este año: he ganado dos batallas que cuestan á la Rusia 27,000 hombres; antes de volver á ponerme en camino aguardaré á que vosotros hayais alcanzado otras dos victorias; no es justo que las tropas de mi soberana hagan solas todo el trabajo.»

El plan que era indispensable seguir para sacar ventaja de la victoria del día 12 de agosto era tan evidente como el hecho de que el número del ejército principal de Daun unido á los cuerpos de Hadik y de Laudon era mas que suficiente para emprenderlo, aun dado caso que los rusos continuasen en la posicion que ocupaban. Para dar el golpe de gracia á los 30,000 hombres del rey Federico cerca de Furstenwalde, podia Daun reunir en pocos dias 155,257 hombres, mientras los rusos cubrian además su flanco derecho, y el ejército federal, que compuesto de 23,332 hombres había llegado ya á Leipzig y Torgau, protegía el izquierdo. Si Daun no supo ó no osó aprovechar esta inmensa superioridad de número no tenia ningun derecho á quejarse de los rusos y todas sus acusaciones no venian á ser mas que una confesion de su propia incapacidad para tomar una resolucion y proceder por sí. Lo mas curioso, sin embargo, es que solo ocurrió á un diplomático francés completamente lego en el arte de la guerra, lo que en aquella situacion de las cosas no supo comprender ninguno de los hombres peritos. Poco despues de saberse la victoria de Kunersdorf en Viena, el 16 de agosto, el embajador francés en aquella capital, conde Choiseul-Praslin, presentó una Memoria sobre el tema: «Es preciso atacar el árbol por la raíz y conquistar la Silesia en Berlin. De nada sirve tomar y ocupar fortalezas y territorios del rey de Prusia, porque el poder de éste no está ni en sus plazas fuertes ni en sus provincias, sino en su ejército, en su persona y en su talento; su recurso mas esencial está en su actividad y destreza. Por esto debe lucharse contra su ejército y allí se atacará el árbol por la raíz. De consiguiente lo que mas conviene es que los rusos pasen el Oder; porque contra ellos, unidos á las tropas de Hadik, no puede hacer nada ya el rey de Prusia. Es preciso marchar á su encuentro y luego á Berlin, y entonces se retirará él á Silesia ó á Stettin.» Esta idea clarísima y perfectamente acertada no fué

comprendida por los generales rusos, ni por los austriacos.

El feldmariscal Daun recibió la noticia de la batalla en Priebus el 14 de agosto y al momento envió al mayor general Lacy al cuartel general ruso para presentar un número de proposiciones, ninguna de las cuales hablaba de un ataque al rey de Prusia. Indicaban la necesidad de marchar á Berlin, ya fuesen los austriacos solos, ya los rusos en union de la division de Hadik, pero con el único objeto de saquear y exigir contribuciones de guerra y observando de paso al rey de Prusia y estrechándole poco á poco con maniobras hábiles. Suponian inocentemente que Federico II los dejaria hacer, ó mejor dicho, aquello era solo una excusa, no habiendo entre todas las proposiciones mas que una seria, que se referia sencillamente á los cuarteles de invierno en Silesia. Así lo comprendieron los rusos con mucho acierto, segun lo prueba la nota furibunda del ministerio ruso, enviada con fecha 16 de octubre, de la cual tomaremos solo un pasaje, porque caracteriza las miras estratégicas de las dos potencias aliadas.

«El general feldmariscal conde de Daun ha enviado por conducto del feldmariscal Lacy al conde de Soltikoff la proposicion de pensar á tiempo en los cuarteles de invierno cuando nuestro ejército apenas ha tenido tiempo de poner en lugar seguro á sus heridos y los trofeos de la batalla. Esta proposicion nos parece justa y laudable; pero el general austriaco ha designado para los cuarteles de invierno la Silesia Alta con el sitio previo de las plazas de Neisse y de Brieg, las cuales están tan distantes del centro de sus operaciones y de nuestras fronteras, que no hemos podido menos de creer en la suposicion del conde Soltikoff, á saber: que se trata á toda costa de convertir nuestro ejército en un simple cuerpo auxiliar del ejército austriaco, en lugar de proporcionarle mejores cuarteles de invierno y de adelantar la libertad de la Sajonia por medio de una rápida y enérgica empresa contra el príncipe Enrique y por el sitio de Glogau.»

Se ve pues que tampoco los rusos supieron ver que la libertad de la Sajonia y la conquista de la Silesia solo podian lograrse en el campo de batalla en que se aniquilaria al rey de Prusia con su último ejército. La emperatriz María Teresa y su canciller Kaunitz pensaban exactamente como su general Daun, solo en cuarteles de invierno y en sitios de plazas fuertes. Todo aquel plan que Federico había atribuido á sus enemigos como cosa indudable en la noche del 12 de agosto y que como tal había anunciado entonces á su ministro Finckenstein, solo existió en su imaginacion, ni lo tuvieron tampoco sus enemigos posteriormente. Montazet, el plenipotenciario militar del gobierno francés en el campamento austriaco, formuló el motivo principal del ningun resultado práctico que dieron las negociaciones entre Daun y Soltikoff en la sencilla frase siguiente: «La verdad es que se teme demasiado al rey de Prusia.» Así se comprende que los dos aliados solo llegaron á un acuerdo cuando los austriacos renunciaron definitivamente á exigir de los rusos un nuevo ataque al rey de Prusia.

El 22 de agosto tuvo Daun con Soltikoff una entrevista en Guben y de comun acuerdo calificaron de inoportuna toda empresa sobre Berlin. Daun emitió la opinion absurda de que necesitaria 21 dias para trasladarse con su ejército desde Triebel, punto donde tenia el cuartel general, á la capital prusiana; y dijo: «¿Y una vez allí qué habremos conseguido? Allí no podemos invernar; tampoco habrá mucho que saquear porque los prusianos ya han puesto en lugar seguro sus tesoros mas preciosos; el verdadero baluarte del rey Federico no es Berlin sino Dresde y el ejército del príncipe Enrique!» El resultado fué que convinieron en cortar por lo pronto al rey de Prusia toda comunicacion con la Sajo-

nia, tomar después á Dresde y luego marchar juntos á la Silesia. Daun y Kaunitz quedaron altamente satisfechos de la determinación adoptada en este consejo de guerra, porque ya tenían asegurada la ejecución de su idea favorita; los cuarteles de invierno en Silesia. Mas contento que ellos quedó Federico el Grande, que viendo que los rusos marchaban en dirección Sudeste hácia Lieberose, escribió en 1.º de setiembre á su hermano Enrique: «Os anuncio el gran milagro de la casa de Brandeburgo. Cuando el enemigo podía haber concluido toda la guerra arriesgando una segunda batalla después de haber pasado el Oder, se marchó desde Müllrose hasta Lieberose. En seguida me dirigí á Trebatsch y ayer llegué á esta de Waldau donde le corto con mi posición la comunicación con Lubben que he hecho ocupar, y con una gran parte de la Lusacia que debía darle los víveres para su ejército. Ahora le obligaré el hambre á tomar una resolución.»

Federico el Grande había recobrado toda su energía cuando emprendió esta marcha á retaguardia de los rusos, apartándolos de los austriacos, cortándoles los víveres y reduciéndolos así á la impotencia. En esto recibió la noticia de una nueva desgracia que fué la pérdida de Dresde; pero ya no se dejó acobardar. El general Schmettan, que no sabía nada del cambio favorable de la situación, había entregado la capital de Sajonia en 4 de setiembre á las tropas imperiales y federales. Los rusos marcharon con Laudon desde Lieberose á Guben del Neisse y de allí á Christianstadt del Bober, donde se les incorporó otra división austriaca que el príncipe Enrique había dejado pasar. Desde allí pasaron el Bober y se dirigieron á Beuthen del Oder, unos 22 kilómetros mas abajo de Glogau. Era evidente que llevaban la intención de sitiar esta última plaza. Federico les fué siguiendo pasando por Kottbus, Forsta y Sorau. Desde Linderode, junto á Sorau, escribió en 20 de setiembre á Fouqué: «Amigo mio; en vista de que mi hermano ha dejado pasar 12,000 austriacos, que se han unido con los rusos cerca de Christianstadt, y quieren emprender el sitio de Glogau, despliego mis alas y vuelo á impedirselo. No tengo mas que 20,000 hombres derrotados dos veces; V. ya me comprende. Ignoro dónde y cómo se halla V.; pero si posible le es, envíeme V. auxilio. No quiero de ningún modo que me sitien á Glogau; pelearé para impedirlo y venga lo que viniere; así pensaban los caballeros antiguos y así pienso yo. Mañana iré mas allá de Sagau, y pasado mañana estaré en Glogau. Contestación pronta, amigo mio.»

Sin haber recibido ni contestación ni auxilio, pasó Federico á marchas dobles de Sagau á Neustädte, y el 25 de setiembre llegó á Baunau, mas arriba de Beuthen, en la carretera que conduce á Glogau. En aquel mismo momento el enemigo se preparaba para pasar la garganta que es preciso atravesar para llegar á la fortaleza. El rey solo tenía 24,000 hombres, y los rusos con las divisiones austriacas de Laudon y de Campitelli contaban 54,000 hombres de tropa de línea y 18,000 cosacos y croatas. Eran, pues, un total de 72,000 hombres, en su mayor parte tropas victoriosas, contra 24,000 prusianos derrotados dos veces, desproporción moral y material como no se había visto todavía en toda la guerra. Si los dos ejércitos llegaban á las manos era muy probable que el resultado fuera para los prusianos mas infausto que el de la batalla de Kunersdorf. Para saber lo que sucedió consultaremos la carta que el rey Federico escribió á su hermano el 25 de setiembre. A las seis de la mañana procuraron los generales enemigos reconocer las posiciones de los prusianos; y apenas los vieron, dieron órdenes inmediatas de retirada y ya no se atrevieron á acampar hasta Neusalz. Con gran admiración suya hubo de convencerse el rey de lo mucho

que le temian sus enemigos. «Casi me avergüenzo, dice en su carta, de haberos pedido auxilio. Verdad es que el día de hoy ha sido muy crítico; pero ya que todo ha pasado tan bien, creo no necesitar de nada. Los rusos construyen un puente cerca de Altschau, no sé si es para irse al infierno, ó para ponerse en comunicación con Polonia. De todos modos, creo que por este lado está concluida la campaña; quizás se arrastre hasta el 10 de octubre.»

No concluyó sin embargo tan pronto como Federico se pensaba, porque segun se sabe empezaron los rusos su retirada al Vistula después del 24 de octubre; pero es lo cierto que la campaña quedó terminada cuando el ejército aliado, tan inmensamente superior en número al prusiano, renunció á su proyecto sobre Glogau, por no atreverse á arriesgar una nueva batalla con el vencido de Kunersdorf. El mismo efecto que la presencia de Federico produjo en los rusos en Silesia, experimentaron los austriacos cuando se presentó en Sajonia.

El príncipe Enrique, obedeciendo con repugnancia, y después de apurar todas las objeciones imaginables, las órdenes reiteradas del rey su hermano, había abandonado el 23 de setiembre con su ejército la ciudad de Gorlitz para avanzar hácia el río Elba como quien quiere amenazar á Dresde, con el objeto de llamar hácia aquella parte la atención del feldmariscal Daun que estaba cerca de Bautzen, y hacerle perder toda idea de pasar á Silesia. El príncipe ejecutó esta orden para él tan desagradable, con grandísima habilidad y con su acostumbrada prevision minuciosa; pasó por Rothenburg y Klitten á Hoyerswerda, donde sorprendió completamente al general Vehla haciéndole prisionero con 1,500 croatas y húsares, casi la mitad de su división, el 27 de setiembre. Esta maniobra tan inesperada determinó á Daun, que ignorando la partida del príncipe Enrique de Gorlitz le había seguido hasta allí, á dar la vuelta y regresar aterrizado y á marchas forzadas á Dresde, adonde llegó el 28, pasando el Elba cerca de esta ciudad. El príncipe entre tanto dió en Hoyerswerda tres días de descanso á su ejército, fatigado por una marcha de diez leguas; desde allí se dirigió al Oeste, á Elsterwerda, adonde llegó el 29; y desde allí á Torgau por donde pasó el Elba. Marchando por la orilla izquierda, río arriba, incorporóse en 4 de octubre cerca de Strehla con la división del general Finck que por medio de una marcha nocturna desde Meissen había evitado con felicidad un ataque por parte de Daun, el cual con su inmensa superioridad de fuerzas hubiera podido aniquilarlo. Daun siguió al príncipe hasta Riesa, en cuyas cercanías desplegó sus tropas; de modo que ambos ejércitos se hallaban muy próximos el uno al otro. El prusiano contaba cuando menos 42,000 combatientes, y el austriaco difícilmente llegaba á 60,000. El príncipe Enrique, que no comprendía la pasión de su hermano por las batallas, y que las odiaba tanto como á su hermano le entusiasman, pensaba en todo menos en llegar á las manos con el enemigo. A la cabeza del ejército mas poderoso de que la Prusia entonces disponía escribió á su hermano relaciones conmovedoras de la situación desesperada en que decia encontrarse; y en la noche del 16 al 17 de octubre se retiró con todo su ejército á Torgau. El rey al saberlo le envió desde Sophienthal el 20 del mismo mes una fuerte reprensión que demuestra la diferencia de carácter que existía entre los dos hermanos: «No sé, le escribia, lo que tan repentinamente os espanta, teniendo el mas soberbio de mis ejércitos. El país entre Leipzig y Torgau es llano y allí podeis atacar al enemigo. Si nunca queréis atreveros á nada, será siempre imposible hacer algo. —Daun tiene 40 batallones, Hadik 16, total 56. Vos tenéis 49 batallones sin contar los francos, y me parece que con

un ejército como este no hay motivo para vacilar. Es evidente que hay que tomar resoluciones enérgicas ó renunciar á todo éxito; las precauciones exageradas vienen á ser cobardía, y esta puede acarrear las mayores desgracias. Teneis 74 escuadrones de línea y otros tantos de húsares. Yo solo tengo 35 escuadrones de línea y unos 20 de húsares, y tengo que hacer cara á 10 regimientos de caballería austriaca, amén de su caballería ligera y demás caterva montada del enemigo. Recobrad el ánimo por amor del cielo y tened cuidado de no perder otra vez la cabeza cuando se presente una ocasión análoga.»

Cuando Federico escribió estos renglones estaba acampado enfrente de los rusos, en Sophienthal mas arriba de Glogau, comarca célebre por la retirada del general Schulenburg delante de Carlos XII. El estado de su salud era á la sazón pésimo; la gota le tenia paralizados los dos piés, la rodilla derecha y el brazo izquierdo; solo tenia libres la cabeza y la mano derecha; aquella no descansaba y esta no cesaba de escribir.

En esta situación redactó su obra magistral: «Consideraciones sobre Carlos XII, rey de Suecia, sus dotes militares y su carácter,» que concluye con estas palabras melancólicas: «Ahora me preguntarán: ¿Con qué derecho te haces censor de los guerreros mas grandes? ¿Has seguido tú, gran crítico, las lecciones que tan pródigamente predicadas á los demás? A esto tengo que contestar que no; pues vemos los defectos de los demás que están delante de nuestros ojos, y no vemos los nuestros que dejamos á la espalda.» Los rusos se retiraron á Polonia, y Laudon marchó dando un rodeo y pasando por Cracovia á la Moravia. La presencia de Federico no fué ya necesaria en la Silesia; pero era urgentísima en la Sajonia, y cabalmente en momento tan crítico, la enfermedad mas pífida condenó á la inmovilidad al mas activo de todos los guerreros. Federico se consumia de ira é impaciencia, porque sus miembros se negaban á obedecer á su voluntad férrea; pero finalmente pudo escribir en 2 de noviembre á su hermano: «Empiezo á restablecerme y acudiré á unirme con vos en alas del patriotismo y del deber; pero vereis solo un esqueleto insertible; no me queda mas que buena voluntad; pero mi alma obligará á este cuerpo achacoso y débil á marchar.»

La noticia de la retirada de los rusos á Polonia fué para Daun equivalente á la certidumbre de ver pronto al rey Federico en Sajonia, y esta certidumbre, confirmada por la aproximación del general Hülsen á quien el rey enfermo había enviado delante con 13,000 hombres, obligó al feldmariscal austriaco á renunciar á todos sus proyectos de ataque. En 29 de octubre el general prusiano Wunsch había derrotado en las cercanías de Pretsch al duque de Aremberg que se dirigía á Wittemberg, causándole sensibles pérdidas. A este descalabro siguió la noticia terrorífica de la aproximación de los prusianos de la Silesia. Inmediatamente el feldmariscal Daun reunió un consejo de generales en 3 de noviembre en su cuartel general de Schilda, cuyo consejo naturalmente resolvió segun convenia al sistema de guerra de su jefe. Los 22 votos presentes convinieron en que era completamente imposible atacar al enemigo en su posición fuertísima cerca de Torgau, y en que no quedaba mas recurso que renunciar á toda ofensiva, y antes de la llegada del rey retirarse á una posición fuerte, para proteger á Dresde y la cordillera del Erzgebirge. A la emperatriz, profundamente afligida, no se le ocultó ni por un momento la significación de semejante acuerdo. Veia ya en su imaginación evacuadas Dresde y toda la Sajonia sin disparar un tiro; y en efecto, poco faltó para que este fuera el resultado de toda aquella campaña. En 4 de noviembre empezó su retirada el ejército

de Daun seguido por el príncipe Enrique, que se reunió el día 8 en las cercanías de Lomatzsch con la división del general Hülsen. El día 14 del mismo mes volvió Daun atrás hasta Wilsdruf después de haber dejado al ejército federal dentro de la ciudad de Dresde, y en el mismo día reunióse con su ejército de Sajonia Federico el Grande, todavía enfermo, pero lleno de esperanzas halagüeñas en vista de la constante retirada del enemigo. Desde Elsterwerda escribió, pues, el 12 de noviembre al marqués de Argens: «Hasta aquí me he dejado arrastrar; mañana me reunó con mi ejército, y me lisonjeo de que Daun y los austriacos no conocerán que padezco de la gota. En ocho días quedará toda la Sajonia tranquila y limpia de enemigos.» El 15 de noviembre escribió desde Krögis, mas allá de Meissen: «Ayer me incorporé al ejército, y Daun ha levantado su campamento. Le he seguido hasta aquí y continuaré siguiéndole hasta la frontera de Bohemia. Las distancias que nos separan están calculadas para no dejarle abandonar la Sajonia sin grandes pérdidas.» El mismo día dió orden al general Finck de marchar á Dippoldiswalde cabalmente á espaldas del ejército austriaco, el cual retrocedió á sus posiciones de Plauen, mientras Federico avanzó hasta Wilsdruf. Allí escribió en 19 de noviembre una oda, en la cual celebró con frases retozonas y lleno de confianza el súbito cambio de la Fortuna que le había sacado, á él, hombre enfermo gotoso, considerado como muerto por sus enemigos, del mar de la desgracia para llevarle á las playas de la victoria.

Tres días después mandó al mismo amigo, con el corazón destrozado por la tristeza, la noticia de la prisión del general Finck cerca de Maxen: «Estoy tan aturdido de la desgracia del general Finck que todavía no he podido serenarme. El pequeño himno dedicado á la Fortuna que le envié ha sido un trabajo prematuro; no se debe cantar victoria antes de haberla logrado. La mala suerte y los contratiempos me tienen tan atropellado que estoy deseándome mil veces la muerte y me impaciento cada día mas de habitar un cuerpo gastado y condenado solo á padecer. Escribo á V. en el primer momento del dolor. El espanto, el pesar, la indignación y el aburrimiento se juntan para destrozarme el corazón.»

En la suposición de que Daun continuaria su retirada hácia la Bohemia con rapidez, Federico, todavía en el campamento de Krögis, había dado al general Finck la orden de marchar inmediatamente á Dippoldiswalde y dificultar al enemigo por todos los medios posibles el regreso á sus cuarteles de invierno. Al mismo tiempo mandó al comandante Kleist marchar á Bohemia por Augustusburg y Marienberg para destruir los almacenes austriacos en Saatz, Teplitz y Aussig. El general Finck hizo algunas objeciones; pero el rey le impuso silencio con estas palabras: «Sabeis que no me gusta que me pongan dificultades; procurad marcharos pronto.» Finck marchó el mismo día 15 á Niederbobbritzsch; el 16 ocupó á Dippoldiswalde, y su vanguardia mandada por el general Wunsch tomó posición en la aldea de Maxen; lo cual anunció al momento mismo al rey añadiendo noticias de las posiciones del enemigo, que fueron recibidas por el rey y contestadas por él en la noche del 18 en un papelito que decia: «Tendreis que habéroselas con las tropas federales ó con las del general Sincere.» El ejército federal estaba entonces cerca de Cotta y el general austriaco Sincere cerca de Possendorf. Exactamente en medio de los dos estaba la aldea de Maxen donde se hallaba el general Finck. Este entendió la nota del rey en el sentido de que debía sostenerse á todo trance cerca de Maxen hasta que el rey le libertara con un ataque impetuoso al grueso de las fuerzas de Daun. La intención de Federico era efec-